

# **LA OROYA:** Urbanismo minero-industrial en la sierra central

*Roberto Reyes Tarazona*

Según el Blacksmith Institute, la ciudad de La Oroya se encuentra entre las diez más contaminadas del mundo; la Environmental Gaffiti, la ubica entre las cinco más mortíferas para la vida humana. La Universidad de Saint Louis, Missouri, en base a un convenio con el Arzobispado de Huancayo, realizó en el año 2005 un estudio en el que señaló que el 97% de los niños de La Oroya sufrían de contaminación por plomo en su organismo; además, respiraban cotidianamente un aire con altos índices de dióxido de azufre y bebían un agua contaminada con cianuro y arsénico, además de otras partículas de minerales perjudiciales para la salud. Según informes recientes, la situación no tiende en absoluto a mejorar. En la actualidad, los más de 40,000 habitantes que constituyen La Oroya, viven en condiciones ambientales deplorables, por decir lo menos; mientras que, paradójicamente, esta ciudad es una de las mayores contribuyentes a la economía del país.

Otro hecho paradójico es que hoy, a pesar de tan crítica situación, La Oroya se encuentra en una etapa de expansión —conurbación, según el Plan de Desarrollo Urbano 2004-2014—<sup>1</sup>, en la medida que al distrito que lleva su nombre, se ha integrado la población de los distritos de Santa Rosa de Sacco y Paccha, teniendo bajo su influencia directa a los de Yauli y Morococha.

Esto último ha empezado a darse recién a partir de la década del ochenta, no obstante tratarse de uno de los más antiguos centros urbanos dependientes de la actividad industrial en nuestro país, pues la empresa Cerro de Pasco Copper Corporation inició sus operaciones de fundición y refinería de metales en el lugar en el año 1923.

Antes de los años ochenta, su incremento poblacional fue muy lento —en algunas ocasiones, negativo—. El motivo principal: la mayoría de la población vivía en los predios de la empresa, la cual determinaba no solo cuántas viviendas debían construirse, sino incluso la cantidad de gente que podía ingresar en sus dominios. Cualquier incremento poblacional se daba en función a las necesidades de aumento o diversificación de la producción, como respuesta a demandas específicas de la sede central. De manera que el crecimiento natural prácticamente se daba solo en la denominada Oroya Antigua (u Oroya Vieja), asentamiento que había crecido paralelamente a la zona ocupada por la Cerro de Pasco, conocida como Oroya Nueva, aunque de una manera totalmente distinta.

Ambas zonas, aunque cercanas y de origen común, están ubicadas en distintas márgenes del río Mantaro. A principios del siglo veinte, las comunidades indígenas del lugar, los dueños originarios, habían vendido ya sus tierras a hacendados y a medianas empresas, como la Peruvian Corporation Limited y la Mercantil del Perú, pero no se percibían aún cambios rotundos. La gran modificación se produce cuando la Cerro de Pasco Copper Corporation asimila estas empresas y las haciendas cercanas y decide construir un complejo metalúrgico en el lugar.

Para cuando entran en funcionamiento la fundición y la refinería, la empresa norteamericana había construido viviendas unifamiliares y multifamiliares para los trabajadores, según sus patrones urbanísticos. Los bloques multifamiliares para los obreros, alineados simétricamente, constituyeron una novedad en la región. Pero lo que más llamaba la atención eran los chalets de los directivos, el Staff, como se lo conocía. Los gerentes yanquis, además de su esfuerzo por replicar las viviendas suburbanas de su país de origen (incluyendo el infaltable jardín y las cercas de madera pintadas de blanco), se mantenían apartados, lejanos, en Chulec y Mayupampa (los lugares más resguardados de los humos de la fundición). Los técnicos y profesionales peruanos, en la zona que les asignaron, intentaban de algún modo imitar el estilo de vida norteamericano. Los espacios destinados a los servicios y actividades administrativas (oficinas, almacén, local de venta de productos para la subsistencia, maestranza, etc.), se organizaron también ordenadamente y de manera centralizada.

Muy distinta fue la ocupación de La Oroya Antigua. En ella, por razones culturales y debido a la escasez de zonas planas, principalmente por tratarse de áreas de mucha pendiente, el grueso de los pobladores construyó sus viviendas lo mejor que pudo en los lugares disponibles. La única ventaja de esta zona era su ubicación en la región. La Oroya Antigua se encuentra en una salida natural hacia el norte y el este de la sierra central. En los primeras décadas del siglo veinte, La Oroya era ya un punto obligado para ir de Lima a Jauja y a Huancayo, sea por tren o por carretera, así como a Cerro de Pasco. Años después, cuando se amplía la carretera para llegar a Huánuco y luego a

Pucallpa (en 1940), así como cuando se habilita la vía hacia Tarma y, más allá, al valle de Chanchamayo, ya en la selva central, La Oroya adquiere un carácter de primera importancia en la región central. Era —y es— un nodo regional, aunque su población seguía viviendo en muy malas condiciones ambientales.

Los pobladores que originalmente se establecieron en La Oroya Antigua, constituido principalmente por pequeños propietarios, levantaron edificaciones de tapiales, techos de paja y, en el mejor de los casos, de tejas, bajo la modalidad de autoconstrucción. Posteriormente, emplearían la calamina, el adobe y, algunas veces, el ladrillo. De este modo, empezaron a pulular, en el mayor desorden, pequeños negocios, que apenas merecían el nombre de restaurantes, bodegas, ferreterías, mercados de abasto; además de talleres, locales sociales y de servicios diversos. La mayoría de estos negocios surgieron como parte de las viviendas, constituyendo viviendas-taller y viviendas-comercio, las tipologías más comunes. En La Oroya Antigua se establecieron la municipalidad y las entidades representativas del gobierno.

Estamos, pues, en las antípodas del origen clásico de nuestras ciudades de fundación española, con su trazo a cuadrícula en torno a una plaza central, con la iglesia, el cabildo y la gobernación en ella. Su origen tampoco corresponde al patrón de las ciudades modernas europeas o norteamericanas surgidas a raíz de la Revolución Industrial.

En el presente artículo examinaremos algunas de las características más saltantes de los inicios de este peculiar asentamiento urbano. Previamente, expondremos consideraciones que condicionaron en gran medida su origen y destino posterior.

### **Surgimiento de la minería para la exportación**

La recuperación del aparato productivo del país, luego de la derrota en la guerra con Chile (1879-1883), tuvo como pilares el desarrollo de la agricultura para la exportación en la costa y la minería en la sierra, complementada con el acopio y exportación de lanas en la sierra sur. Esta vez, con el país en ruinas, el grueso de la inversión estuvo a cargo de capitales extranjeros, en su mayoría ingleses y norteamericanos. La intervención extranjera se tradujo en una modernización de las actividades agrícolas y mineras, partiendo de una concentración de muchas pequeñas y medianas propiedades en grandes unidades de extracción y transformación, y la adopción de formas de explotación mecanizada, propias de la modernidad. Surgen así grandes complejos agroindustriales, como Casa Grande, Cartavio y Paramonga, entre otras haciendas en el norte, y una gran empresa minera en la sierra central, la Cerro de Pasco Copper Corporation, que inicia

un veloz proceso de expansión absorbiendo las propiedades mineras de la región. Posteriormente, ya en el siglo veinte, se desarrollará de manera importante la explotación del petróleo en el extremo norte del país.

La necesidad de instalaciones para albergar los equipos, maquinarias e infraestructura de transporte, así como los espacios para la producción, requeridos para las actividades económicas mencionadas, demandaron el diseño de edificaciones inéditas en el país, que no fueron atendidas por los profesionales de entonces. A principios del siglo veinte, no existían ingenieros especializados en construcciones para la gran industria y la arquitectura no existía aún como profesión, razón por la cual las empresas importaron modelos traídos del extranjero, tanto para sus plantas industriales y estaciones de ferrocarril, como para las viviendas de los campamentos, que a pesar de su simpleza constituyeron edificaciones típicas, dando lugar a tipologías propias de la época.

En el siglo veinte, a medida que estas grandes empresas extranjeras se expandieron y se tomaron más poderosas por su importancia para la economía del país y su respaldo en las potencias de donde provenían, dieron lugar a los *enclaves*. Estos *enclaves*, fenómeno que se generaliza en América Latina en esos años (en las bananeras, cafetales; minas y plantaciones diversas), tendían a pasar de una autonomía económica a una extraterritorialidad, pues dentro de sus límites la economía y la vida misma se regía por sus normas y leyes propias, y su relación con el mercado internacional soslayaba aduanas y controles estatales, con la anuencia de los gobiernos de turno.

Los trabajadores que se incorporaban a estos *enclaves* lo hacían en algunos casos voluntariamente, por necesidades de subsistencia y falta de otras oportunidades de trabajo, aunque también bajo formas coercitivas encubiertas (el denominado *enganche* es la modalidad más común). Los casos más dramáticos se hallaban en la población de la sierra que se integraba al trabajo minero, no solo por las pésimas condiciones laborales (la esperanza de vida en las zonas mineras era de 35 años), sino porque la población trabajadora, de origen campesino, poseía una cultura arraigada en costumbres que a menudo colisionaba con los usos y comportamientos propios de la modernidad capitalista.

En los años veinte y primeros de la década siguiente, debido al desarrollo de la prédica política de partidos de masas, surgidos en esos años, se formaron los primeros sindicatos y se produjeron fuertes enfrentamientos entre los trabajadores y los directivos de las empresas, que contaban con el respaldo del ejército y los gobernantes.

En la sierra central, sobre todo, aparecieron no solo dirigentes sindicales y activistas políticos, sino



La Oroya  
antes de  
1920.

también intelectuales que denunciaron las condiciones de vida imperantes. Gracias a los libros escritos por estos últimos contamos con testimonios que permiten asomarnos a la vida en los centros mineros en esos años<sup>2</sup>, y particularmente del principal núcleo industrial de la región: La Oroya, en cuya fundición se procesaba tanto los minerales extraídos de las minas de la empresa como la de los pequeños y medianos productores que aún subsistían en la región.

### La Oroya en los años treinta

En la región central, a fines de los años veinte y principios del treinta, surgen algunos intelectuales que escriben cuentos y novelas de tema minero. En sus narraciones, aparte de las circunstancias recreadas y los hechos que giran en torno a esta actividad y sus problemas sociales, describen con minuciosidad los escenarios en que desenvuelven los personajes, pretendiendo por lo general haberlos extraído directamente de la realidad. Así, Julián Huanay, en una nota preliminar de su novela *El retoño*, advierte repetidas veces que: «Los personajes de esa novela son reales», frase que perfectamente podían suscribir los escritores guiados por su mismo afán de denuncia social. Gracias a esta aspiración de fidelidad con los hechos reales, podemos acercarnos al conocimiento cercano del hábitat minero, e incluso adentrarnos con los protagonistas en los socavones y contemplar de cerca los ambientes donde se desenvuelve la actividad industrial.

Augusto Mateu Cueva (Leonor Ordóñez, Jauja, 1911), en su relato «Los humos», incluido en el

libro *Gualda y Rosicler*, presenta la siguiente imagen del complejo metalúrgico:

*«Convulsionada, jadeante y estrepitosa, funciona la potente planta metalúrgica de La Oroya. Altas chimeneas vomitan columnas de humo espeso que invade el callejón y, al expandirse, lleva consigo el dolor y la devastación a muchos pueblos y comunidades de la región.»<sup>3</sup>*

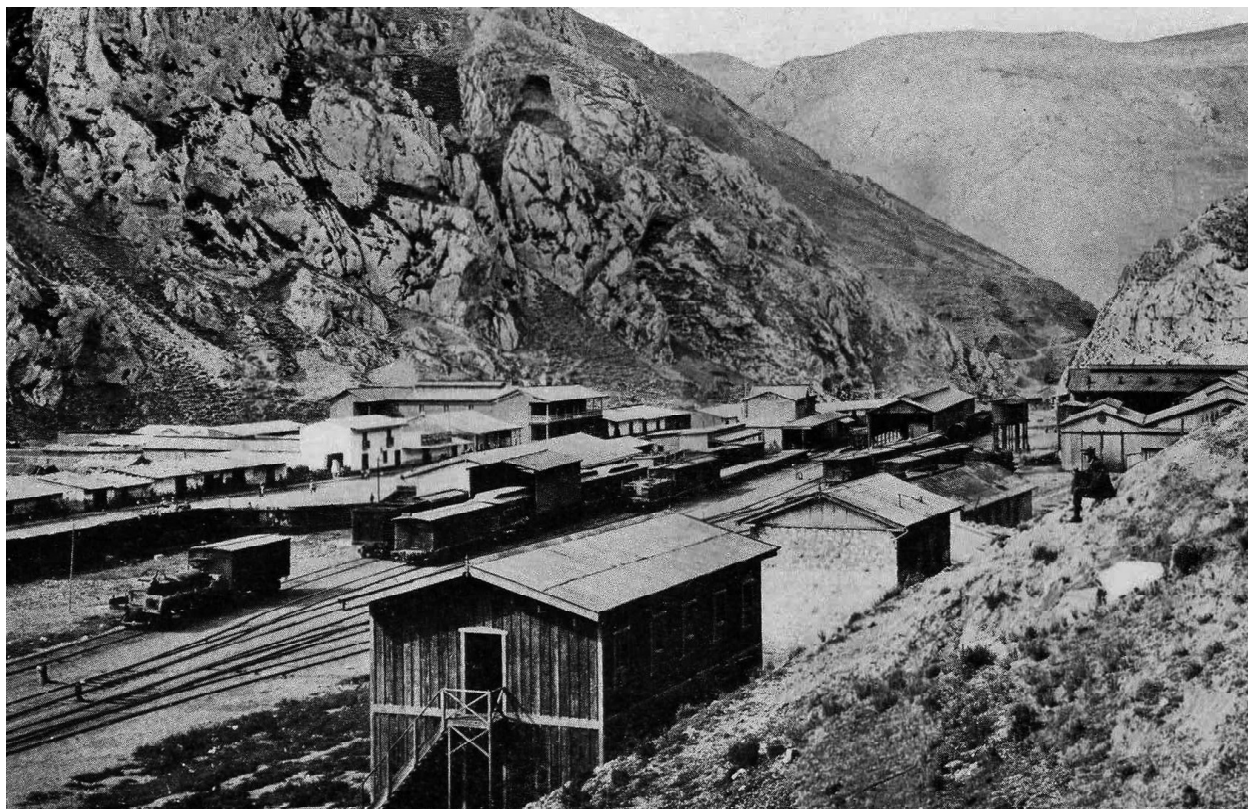
Por su parte, Serafín Delmar, en «La fundición», relato perteneciente a su libro *Los campesinos y otros condenados*, presenta el escenario de la ciudad de este modo:

*«Las chimeneas, silenciosamente altas, miraban la ciudad. El cielo humoso de aire ácido, aglutinaba la garganta. Los grandes hornos, las grúas, espejeando las vidas que se tragaron, eran sombrías (...). Y las ruedas, las poleas y los engranajes dormían imponentes (...) ¡Ah, las grandes chimeneas que se reían del cielo vomitando fuego en las noches!»<sup>4</sup>.*

En ambos casos, aparte de la descripción, se incide en uno de los problemas que fueron motivo de debates y denuncias desde los primeros años del funcionamiento del centro minero-industrial: la contaminación provocada por los humos de la fundición y la refinería. Y si bien con el correr de los años se emprendieron algunas acciones para solucionar el problema de la contaminación, al cabo de casi un siglo, La Oroya sigue siendo una ciudad altamente contaminada, quizás peor que en sus inicios.

En estas discusiones intervinieron no solo políticos, intelectuales y periodistas, sino también profesionales y técnicos. Desde los primeros años del





La Oroya: urbanismo minero-industrial en la sierra central ■

funcionamiento de la planta industrial, los humos cargados con partículas de los minerales procesados produjeron la muerte del ganado de los comuneros del lugar; pronto, dio cuenta también de los pastos y de toda forma de vida vegetal, atacando, por supuesto, a los habitantes de las comunidades cercanas, que debieron emprender la marcha hacia otros lugares, que fueron precisamente las minas y la propia fundición. Miguel de la Mata, *En la noche infinita*, dedica un capítulo de su novela a este tema, sinterizando la situación de la siguiente manera:

«El humo de los altos hornos de Oroya había botado de Huaylaspampa a todos sus pobladores, echándolos a los socavones de Morococha, de Casapalca, de Goyllarizquizga, de Huarón, de Cerro de Pasco. También al Roster, a los Reververos, a las crisoles de la Fundición.»<sup>5</sup>

Pedro Muñoz, escritor, y además ingeniero de profesión, es muy enfático respecto a la situación. En «Escoria humana», cuento de su libro *Sangre y metal*, señala:

«El humo que las cuatro inmensas chimeneas de la fundición arrojaban al espacio, en vez de elevarse descendía y atacaba implacable, cargado de invisible polvillo de azufre y arsénico tóxicos, los pechos y gargantas de miles de trabajadores.»<sup>6</sup>

De manera similar, En *El retoño*, novela de Julián Huanay, tal vez el mejor escritor peruano de origen obrero, podemos encontrar descripciones muy vívidas de la existencia en La Oroya. En esta novela se narra las peripecias de un niño que, en su afán de buscar un destino mejor, trabaja una tem-

porada en La Oroya. En ella, se expone claramente el tema de la contaminación.

«Continué mi marcha durante largas horas hasta que por fin vi, a lo lejos, unos negros penachos de humo que se elevaban al espacio. La sed y el cansancio me obligaron a bajar al río a beber y descansar. Pero el agua era negruzca y tenía un sabor amargo. Arrastraba miríadas de escorias de la fundición. Esas aguas, hacía ya algún tiempo, habían dado muerte a hombres, animales y sementeras. Por eso las pintorescas poblaciones que se alzaban a sus márgenes habían desaparecido, antes de caer víctimas de tan terrible flagelo. Los pobladores abandonaron sus tierras y se marcharon, en caravanas, llevando los pocos animales que habían logrado salvar.»<sup>7</sup>

Aparte de la denuncia social, puede advertirse en todas las descripciones mención de las chimeneas, la más alta de ellas de más de 190 metros, arrojando permanentemente humo. Este elemento se constituye en un hito en la zona, un elemento dominante del paisaje, señalado por todos los que de una u otra forma describen la ciudad y el complejo minero.<sup>8</sup>

Volviendo al acercamiento del niño protagonista de *El retoño* a la fundición de La Oroya, encontramos la siguiente descripción de la planta industrial:

«A medida que avanzaba divisé, al otro lado del río, enormes cables que cruzaban el espacio. Los carros suspendidos de algunos de esos cables iban y venían, volcaban sus cargamentos de escoria a ritmos sincronizados y, nuevamente, retornaban al lugar de partida. Altas torres de

La Oroya  
1921.

acero sostenían en sus enormes brazos metálicos, racimos de relucientes aisladores que sujetaban una enmarañada red de alambres. Un tenue humo azulado provocaba agudo escozor en ojos, nariz y garganta. Las pequeñas locomotoras que halaban diminutos carros, producían un gran estruendo con su pitar incesante. Altos edificios grises, con innumerables ventanas, parecían enormes presidios.»<sup>9</sup>

En la última línea, encontramos una mención a las edificaciones construidas por la empresa. Los «altos edificios grises» que se hallan dentro de un perímetro de acceso restringido. En un pasaje posterior, el niño, que se había introducido subrepticamente a esta zona, recibe una advertencia:

*«Como no tienes a donde ir, te compras un real de pan allá, en esa puerta grande, pero cuidado con pasar la reja. Si sales te has fregado, ya no te dejan entrar porque no tienes ficha.»*<sup>10</sup>

Como ya señalamos, fuera de la propiedad de la empresa existe un mundo de expresiones físicas y sociales muy diferente al del campamento. Siguiendo con la misma novela que comentamos, apunta el protagonista:

*«... caminamos en silencio por el amarillento sendero de ripio y después de trasponer la verja ingresamos a una carretera asfaltada. Más adelante, a ambos costados de la pista, se hallaban las rancherías de los obreros.»*<sup>11</sup>

Delmar, por su parte, en «La fundición», dice: *«Al otro lado estaba el pueblo de los trabajadores. Allí era un grito obrero el «Club Acción y Trabajo», donde en las noches las voces agitadas se desplomaban a la calle, negreándose el eco de la neblina eterna de óxidos sulfurosos.»*<sup>12</sup>

En este caso, él utiliza «pueblo» en vez de «ranchería», para referirse a La Oroya Antigua, y no campamento. Estos, como era usual en los emplazamientos de los enclaves, estaban constituidos por edificaciones planificadas con rigurosidad. En La Oroya Nueva, se construyeron bloques de vivienda con simplicidad funcional y alineamiento a escuadra, lo cual era visto por la gente del lugar como algo exótico, algo que tardarían un tanto en asimilar. Lo tradicional era que las viviendas se adecuaban a la topografía del emplazamiento, y no al revés: que el terreno se adecuara a un trazado preestablecido y simétrico.

Siguiendo a Serafín Delmar en su relato mencionado, podemos advertir otros componentes del espacio organizado en torno a la actividad industrial:

*«Siete días de huelga. En la ciudad negra llovía con obstinación. La policía yanqui de uniforme amarillo formaba un largo cordón en las estaciones, oficinas, almacenes y casas particulares de los gringos. Nuestra policía, inferior y nunca pagada, custodiaba las calles y centros obreros...»*<sup>13</sup> (64-65).

Aunque el autor no lo dice explícitamente, se desprende del relato la separación de las autoridades, en este caso las represivas. La comparación de los policías del pueblo frente a la del campamento, reproduce en otro plano lo que ocurre con las autoridades existentes. En La Oroya Antigua, el alcalde, el gobernador, la policía, mal pagada, trabajando en establecimientos deficientes; en La Oroya Nueva, los representantes de la empresa, que poseen el verdadero poder en la zona, ocupando elegantes oficinas y cómodas viviendas. El que a veces los alcaldes y otros funcionarios trabajasen en roles subordinados dentro de la empresa, da una idea de dónde residía la verdadera autoridad.

Volviendo a los relatos, veremos ahora cómo se describe el interior de la planta industrial. La impresión que les provoca a los narradores el proceso de transformación de la materia prima es de sobrecogimiento, incluso en un escritor familiarizado con estos espacios, por su profesión, como Pedro Muñiz:

*«Terminaba la última guardia de la noche. Los convertidores, inmensas ollas giratorias, volcaban su chisporroteante carga dentro de los moldes de metal. En los hornos de cuba, una cuadrilla de operarios con sus guantes y anteojos protectores hincaban largas barretas metálicas que rompían la costra endurecida del fuego que se solidificaba para hacerlo correr en riachuelos de flúida<sup>14</sup> lava. Inmensas grúas de gigantesco brazos transportaban por el aire ígneos recipientes. Quemadores de petróleo simulaban enormes pitones que arrojaban fuego líquido. A pesar de la obscuridad exterior, resplandecían luminosos los esqueletos metálicos de las estructuras verticales que forman, con sus pisos superpuestos, las distintas secciones del trabajo en las fundiciones.»*<sup>15</sup>

A esta precisa descripción, sumamos la del niño migrante de *El retoño*. En la novela, como no tiene dónde pasar la noche, se introduce a escondidas al lugar de operaciones, y describe así el lugar:

*«Instantes después ingresaba a ese mundo de ruidos ensordecedores y flamígeras visiones. (...) Se me contrajo el corazón de temor, cuando vi a unos hombres que en veloces grúas cruzaban sobre rojas llamaradas de las descomunales tazas de mineral hirviendo. Había obreros desnudos hasta la cintura que, sudando copiosamente, desprendían las costras de metal adheridas a las paredes de los enormes crisoles. Los motoristas que conducían sobre estos candentes infiernos sus gigantesco grúas, absorbían insensibles el acre y azulado humo que hacía lagrimear y desgarraba la garganta.»*<sup>16</sup>

Esta visión dantesca de la fundición, grafica admirablemente la impresión que causaban en los nativos el



proceso de transformación y conversión de los minerales en mercancía para la exportación. Había algo demoníaco en cómo el hombre occidental dominaba y transformaba la naturaleza.

Con el correr de los años, los problemas sociales y de contaminación de La Oroya, desaparecerán de la escena literaria hasta el año 1994, en que se publica una novela de una escritora nacida en el lugar. Se trata de *Ximena de dos caminos*, de Laura Riesco, novela en que el punto de vista no es el de un obrero o trabajador de la empresa, sino de una niña que se desenvuelve en el mundo de los trabajadores peruanos de mayor nivel en la empresa. Como se trata de una novela que bucea en las emociones y visión interior de la protagonista, apenas si hay mención de las características físicas de la ciudad y el tono de denuncia ha desaparecido.

Sin embargo, si bien los problemas sociales se habían atemperado por entonces, subsistían los problemas de contaminación, a pesar de que en 1974 el complejo minero-metalúrgico había sido expropiado



La Oroya: urbanismo minero-industrial en la sierra central ■

por el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado, y sus instalaciones y activos pasaron a manos de la empresa estatal CENTROMÍN PERÚ. No obstante que este cambio, hecho por razones políticas, suponía una intención de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, no ocurrió tal cosa. En la práctica, la empresa continuó funcionando con escasas variaciones; incluso en lo que respecta a su relación con las autoridades locales, establecidas en La Oroya Antigua. Este asentamiento había incrementado su crecimiento poblacional en las últimas décadas del siglo, así como sus activi-

dades económicas, principalmente debido a su ventajosa ubicación regional, pero a la par habían surgido agudos problemas, como la turgurización.

Por otra parte, la contaminación no solo no había disminuido sino se tornó más aguda, sobre todo cuando CENTROMÍN PERÚ se privatizó en el año 1997, pasando a manos de la empresa canadiense Doe Run. Todos estos cambios se producían cuando se estaba abriendo un nuevo capítulo en la historia del país, y, por supuesto, La Oroya no podía estar ajena a ello. Pero esto corresponde a una etapa que merece un trabajo posterior. ■

Chulec. Al fondo la fundición con su contaminación y a la derecha el club y campo de golf.

## Notas

- 1 MUNICIPALIDAD PROVINCIAL DE LA OROYA. Plan de Desarrollo Urbano de La Oroya (2004-2014), 2005.
- 2 Si bien las referencias bibliográficas pudieran inducir a pensar que las obras literarias corresponden a décadas posteriores, la escritura de los mismos se refieren a los primeros años de la década del treinta, según sus propias declaraciones y las notas aclaratorias en los mismos libros, o los hechos referenciales expuestos.
- 3 MATEU CUEVA, Augusto. *Gualda y Rosicler*. Lima: Ediciones Baluarte, 1940. Pág. 19.
- 4 DELMAR, Serafín. *Los campesinos y otros condenados*. Santiago de Chile: Editorial Orbe, 1943. Pág. 61.
- 5 MATA, Miguel de la. *En la noche infinita*. Lima: Imprenta E.E.V., 1965. Pág. 157.
- 6 MUÑIZ, Pedro. *Sangre y metal*. Lima: Sanmarti y Cia., 1957. Pág. 19.
- 7 HUANAY, Julián. *El retoño*. Lima: Casa de la Cultura del Perú, 1969. Pág. 18.
- 8 Incluso en las obras de carácter económico, no se deja de mencionar este detalle. En *El Perú en marcha*, publicación del Banco Italiano, el autor afirma que La Oroya es: «un núcleo activo, vital, orgánico y de una indiscutible atracción no sólo económica, sino también pintoresca, a pesar de la violenta aspereza de su paisaje y de la monótona tristeza de sus edificios. La gran chimenea —que es la segunda del mundo por su altura— que lleva los humos de la fundición a más de 180 metros del suelo, sin lograr impedir, no obstante ello, que perjudiquen el valle, puede tomarse como el símbolo de esta ansia de construcción y de trabajo; anhelo fecundo que, aún más que los millones de dólares invertidos, constituye el mejor aporte de la Cerro de Pasco a la zona central del Perú.». Pág. 253.
- 9 HUANAY. Ob. Cit. Pág. 19.
- 10 Ibid. Pág. 23.
- 11 Ibid. Pág. 24.
- 12 Delmar. Ob. Cit. Pág. 61-62.
- 13 Ibid. Pág. 64-65.
- 14 En este y otros términos, se ha respetado la ortografía del autor.
- 15 MUÑIZ. Ob. Cit. Pág. 20.
- 16 HUANAY. Ob. Cit. Pág. 21.

## Bibliografía

- BANCO ITALIANO - LIMA. *El Perú en marcha. Ensayo de Geografía Económica*. Lima: Banco de Crédito del Perú, 1942.
- DE LA MATA, Miguel. *En la noche infinita*. Lima: Imprenta E.E.V., 1965.
- DELMAR, Serafín. *Los campesinos y otros condenados*. Santiago de Chile: Editorial Orbe, 1943.
- HUANAY, Julián. *El retoño*. Segunda edición. Lima: Casa de la Cultura del Perú, 1969.
- MATEU CUEVA, Augusto. *Gualda y Rosicler*. Lima: Ediciones Baluarte, 1940.
- MUNICIPALIDAD PROVINCIAL DE LA OROYA. *Plan de Desarrollo Urbano de La Oroya (2004-2014)*, 2005.
- MUÑIZ, Pedro. *Sangre y metal*. Lima: Sanmarti y Cia., 1957.